

Corre. Bésame si me equivoco.

Te aviso con antelación porque si lo aceptas, pienso equivocarme en cada una de las palabras que escriba, *que hay no nada bonito más que, a pesar que de me equivoque, verte pueda*, equivocándome tanto como he dicho. Y ¡boom!, de golpe y besazo, toda una vida juntos recorre mis manos, mientras nuestras bocas pasan a hacerse el amor sin miedo a lo que pase después. Y de pronto las palabras se hacen mudas y ya no importan los “te quiero”, aunque sí se sientan. No importa nada, porque siempre pensamos que el amor y la palabra iban de la mano y puede que fuesen encadenados por unas esposas y que se acostumbrasen a ellas; y también puede que una última palabra les hiciera romperlas, que mar su jaula y hacer que el amor se abalanzara ferozmente hacia la palabra, preguntándole que ¿por qué rayos te dejó escapar? que eras el amor de mi vida y de la suya y que por un adiós, quizás ya no vuelvas. A lo que la palabra entregaba una más de lo que mejor se le da: ¡lo siento!

Me recuerda a lo que dijiste al marcharte, lo sentías de verdad y me querías, pero no podías continuar con esto. Pero ese “esto” era mi vida. Era y es, porque no hay un solo día, ni una sola boca por la que pase que no me haga recordarte. Que he probado a besar las nubes y tampoco me sabían tanto a cielo como tus labios rozando los míos.

Hoy la única palabra que puede valerme es “ven”. Dime “ven” y te recuerdo. Dime “ven”, te recuerdo y lo dejo todo, por si eres tú el que me llama y no son los recuerdos que me quedan (que no son pocos) de ti. Porque cuando llegaste, irrumpiste en mi vida sin previo aviso, sin siquiera preguntar si podías pasar. Yo no te esperaba y no creas que tú me estuvieses esperando a mí. Creaste un caos, mi caos, y después lo pusiste patas arriba.

Que yo ya venía hecha pedazos y no cualquier soplo me levantaba; y ahí estuviste rápido y te empeñaste en convencerme (cómo no, con la palabra) de que si yo ya estaba rota, ¿por qué iba a tener miedo al amor?. Pero lo tuve. Tuve un miedo atroz a que pasara justamente lo que acabó pasando, pero no adelantemos acontecimientos.

Llegaste exigiendo que me levantara inmediatamente, intentando construir cimientos sobre el agua, derrumbándolo todo para hacerme tuya, pero olvidándote realmente de mí; y nadie lanza un chaleco salva heridas a alguien que sonrío mientras se ahoga, y yo tuve que acostumbrarme a flotar, porque para nadar ya no me quedaban fuerzas.

Al final, conseguiste enamorarme, hacerme nadar de nuevo, construiste cimientos y un castillo entero en mi vida y esta dejó de ser un caos. Pero no entraba en tus planes enamorarte de mí, o enamorarte de alguien en general.

Una noche, de pronto, ya no eras quien solías ser. Fue como si un temporizador marcara tu vida y el tiempo se hubiese acabado, porque como de la nada, dejaste de ser tú para convertirte en quien siempre deseé que no fueras. Todo empezaba a dolerme más y a ti nada te importaba y, ahora sí, de golpe y porrazo, salieron de tu boca las palabras más frías y afiladas que he oído jamás; “te quiero, pero estoy enamorado de ella”.

Y terminó pasando. Y simplemente terminó, terminamos; o al menos para ti lo hicimos.

Ahora uno más uno ya no suman la palabra nosotros, aunque siga quedando el amor, o más bien el desamor, que no sé qué duele más. Pero quizá, y solo quizás, llegara a formarse un vosotros que, al menos a mí, se me grabaría en el pecho a fuego.

Lo que pasó con vosotros no me apetece demasiado recordarlo; pero, ¿qué más da? Tú estás acostumbrado a cambiar las cosas como fichas de póker en una última apuesta.

Esa que siempre terminas ganando y a costa de la que tu contrincante toca fondo del todo y desde luego tú no vas a ayudarlo a levantarse, ¿no?

Pero parece que yo fui la excepción. Volviste, no supe si fue porque no te funcionó con ella o simplemente porque te marqué de verdad como dijiste. Y solo quedaban palabras perdidas en sentimientos, preguntas sin respuesta que ningún sentimiento podía explicar. Amor sin freno y que dejaba sin palabras. Y palabras insuficientes para definir tanto amor. No quedaba más que una explosión interna que nadie sabía a qué se debía excepto tú y yo; y al fin y al cabo, eso era lo importante. Acepté sin pensarlo tu vuelta, amé cada parte de tu ser, cada poro de tu piel y cada aliento que salía de tu boca. Y tú volviste a utilizarme y a dejarme tirada.

Han pasado trescientos cincuenta y cuatro días desde entonces y los recuerdos me presionan muy fuerte en el pecho. No puedo dormir. Siento que a pesar de tu ida, aún sigues aquí. El insomnio se convirtió en rutina en estos meses. Ya no concilio el sueño, y si alguna vez, por remota que sea, consigo dormir algo, apareces como de la nada irrumpiendo en mis únicos momentos de paz diarios, haciendo que despertarme sea una tortura, por darme cuenta de que no estás a mi lado realmente.

Siento una presión imposible de calmar. Creo que el tempo no sana nada, que todo eso son tonterías y excusas que ponen las personas que no sintieron lo suficiente como para que algo tan efímero se torne eterno en su interior. Pero el primer amor es el más intenso y el que más duele cuando se acaba y no puede ser más cierto. El final llega, se nos corta la respiración y al instante rompemos a llorar como si quisiéramos inundar el mundo para llenarnos un poco el vacío que nos quedó en el corazón.

Y bueno, podrás ver, sabiendo que me conoces mejor que yo misma, que no tengo la inspiración de esas noches nostálgicas en las que amaba mi pasado y deseaba que

volviese. Pero tengo esa sensación de necesitarte, que solo puedo saciar escribiéndote, aunque no sea nada bueno; aunque no sirva para nada. Y hoy como cada noche me veo aquí, tendida sobre las sábanas, mirando al techo blanco y calmado, recordando nuestras historias.

Fuiste la luz que iluminó mi vida, para después dejarme sumida en una oscuridad absoluta, de la que ni el mayor de los faros, ni una estrella, ni el firmamento entero posado ante mí podría sacarme siquiera; de la que solo quien me hizo caer podría liberarme.

De la que viendo esto, nunca, jamás, saldré.